

Contrapunto en SANTIAGO

*"Chile: tu blanco lucero.
Tu largo grito de hielo.
Tu cueca de polvo pueblo.
-Tu pueblo quiero.*

*(En la cresta de un monte
la luna gime;
agua y nieve le lavan
la frente triste.)
Nicolás Guillén, "Chile"*

Tras sobrevolar las imponentes cimas de Los Andes, viniendo desde Mendoza, aterricé en Pudahuel, el aeropuerto de Santiago, en las primeras horas de la noche del 18 de mayo. Me acordé de aquellos jugadores de balompié cuyo avión se estrelló contra esos mismos montes, en ese paso, hace ya algunos años... Llegar a Pudahuel es intuir que hemos llegado a un lugar distinto que, sin embargo, no deja de ser América Latina. Todo está limpio y ordenado; hay quietud, no se escuchan gritos ni ruidos molestos, a pesar del tráfico aéreo, intenso ese día a esa hora; los funcionarios son amables, capaces de mirar directamente y con mirada limpia, sin retruécanos; sonríen normalmente, por detrás del cristal de una ventanilla, y su sonrisa no es mueca y los trámites son rápidos, "normales".

Me espera un amigo, un viejo amigo, que me conduce al hotel en el que me hospedaría durante los once días que permanecí en el país, el "Foresta". Pequeño hotel, familiar, sin pretensiones, con un servicio eficaz y con las comodidades necesarias, sin hipérboles inútiles, situado en el mismísimo centro histórico de Santiago, de cara al cerrito de Santa Lucía, en el que Don Pedro de Valdivia fundó la ciudad tras su aventura surrealista de Perú hacia el sur, convertido hoy en parque ameno gracias a Vicuña Mackenna, el amigo de nuestro Carlos Manuel de Céspedes, el del ojo atento a la independencia de Cuba, con una pupila sensible que no tuvo ojo igual en aquel momento a nuestro continente.

*"¡Cerro de Santa Lucía,
tan culpable por la noche,*

*tan inocente de día!
(id. "Cerro de Santa Lucía")*

Del 19 al 22 de mayo, nos convocaron el CELAM, la Fundación Konrad Adenauer y la Universidad Católica de Santiago a un seminario sobre "Corrupción y probidad en América Latina", en la sede central de la Universidad, del otro lado de la Alameda, a cincuenta metros del cerrito y de nuestro hotel. El Presidente Frei, que prestó -con el resto del Gobierno- una gran atención al seminario, invitó a almorzar en el Palacio de la Moneda, el mismo día 19, a un grupo de participantes, en el que tuve el gusto de ser incluido, lo que me dió ocasión de conversar con el Presidente acerca de nuestra Nación y de sus avatares contemporáneos, tal y como yo personalmente los percibo. Por la tribuna del seminario desfilaron ponentes de una buena parte de las naciones que integran la familia norteamericana. Los datos ofrecidos nos permitieron dimensionar la peste de la corrupción, pública y privada, y los entrelazamientos con otros acápites (narcotráfico, pobreza e injusticias sociales, relaciones de dependencia, etc.), así como el vínculo entre corruptos (en nuestros países subdesarrollados económicamente) y corruptores (casi siempre situados en las naciones desarrolladas económicamente). No fueron ajenos a nuestro intercambio los intentos de éxorcizar la corrupción con adecuados instrumentos jurídicos.

El apretado horario del seminario no me impidió retomar contacto con amigos chilenos y cubanos residentes en Santiago y con ellos perderme, andando, por las calles de Santiago; visitar el espléndido museo precolombino y las instalaciones temporales del Museo de Bellas Artes, que nos permitieron admirar, de nuevo, a Botero y a Rufino Tamayo; trasladarme de un extremo a otro de esa ciudad, más bien enorme, en taxi o, casi siempre, en las "micro" o en el metro que, como el aeropuerto, nos revela la mismidad y la diferencia de Santiago: limpio, puntual, a cuyos vagones se accede, sin empujones ni groserías, en hermosas estaciones en las que se puede escuchar, como un susurro, música de cuerdas, no escándalos altisonantes. Tampoco me impidió el seminario enterarme de que en aquellos días se inauguraba la temporada de ópera con la Cuarta Jornada de la Tetralogía "El anillo de los nibelungos", o sea, "El ocaso de los dioses", y de co-

rrer al Teatro Municipal para adquirir el necesario billete que me permitiría ser testigo de ese "casi milagro": ¡la Tetralogía en uno de nuestros teatros de Ópera! ¿Puede verse hoy en América Latina, en otro sitio que no sea Santiago? ¿Acaso no ha desaparecido ya de la escena en la que más frecuentemente pudo verse: el Teatro Colón de Buenos Aires?

Otro seminario tuvo lugar en Santiago, después del nuestro, convocado por la CEPAL, la Universidad de Chile y por la City University de New York, cuya temática estaba centrada en nuestro país. Fui invitado a participar, pero no lo hice pues tenía diversos compromisos para los días restantes en Santiago. Estuve en la apertura, en la clausura y en un almuerzo. Saludé a algunos amigos cubanos, académicos residentes en el extranjero, que tomaban parte en el mismo.

La generosidad de los amigos me llevó al Santuario de Teresa de los Andes, lugar de peregrinación popular, muy cerca de Chacabuco, colmado hasta los topes en una mañana de domingo ordinario. La construcción se inspira en las haciendas chilenas: paredes blancas encaladas, listones de madera barnizada, techo de tejas. Me gustó, se ajusta a la personalidad espiritual de Teresa de los Andes y armoniza con la fe de los hombres y mujeres que frecuentan el lugar. Lamentablemente, no puedo decir lo mismo del Santuario de Maipú, en honor de la Virgen del Carmen, "Generala del Ejército de los Andes" por obra y gracia de San Martín y de O'Higgins. Es un edificio horrendo, creo que es el más feo de todos los santuarios que yo he visitado. Es una pena que una construcción contemporánea tan audaz no sea tan bella; en Chile, a juzgar por los numerosos edificios civiles construidos en los últimos años, hay ingenieros y arquitectos capaces de casi todo en materia de construcciones audaces y hermosas. A pesar de que a casi nadie gusta este templo, el lugar es el corazón del pueblo chileno que va a Maipú en busca del hermoso y maternal rostro de Nuestra Señora del Carmen, venerada precisamente allí, en Maipú, uno de los lugares, junto a Chacabuco, en los que se decidió la independencia política de España.

No dejé de pasar rápidamente por el Centro "Beato Alberto Hurtado S. J.", que no es simplemente un centro de culto a la personalidad eximia del Padre, sino que es también un centro de acción al estilo del Padre, de irradiación de su talante. Lo cual, me parece, es la mejor manera de rendir culto a este pionero de la acción social católica en nuestro continente.

Nuestro seminario terminó con una "Declaración Ética" y con las "Bases para un Proyecto de Legislación sobre Prohibición Pública y contra la Corrupción". Ambos textos deberán ser difundidos por el CELAM y, si lo estiman conveniente en su contexto socio-político propio, por las Conferencias Episcopales. El discurso central de la clausura del evento estuvo a cargo del Presidente Frei. Asistieron a la velada varios Ministros del Gobierno, los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados y los Embajadores latinoamericanos; entre ellos, el nuestro, Licenciado Aramis Fuente Hernández. A todos los participantes se les entregó un folleto con los textos aludidos, resumen de las ponencias y discusiones, aunque no pueden recoger

la riqueza de las mismas y de la convivencia familiar en esos días.

El seminario fue ocasión también de contactar in situ la Iglesia Católica que peregrina en Chile y que, en tantos aspectos, ha sido fermento de ser y quehacer evangélicos en el continente. Todos estuvimos en la celebración del aniversario de Popolorum Progressio, en el Arzobispado de Santiago y en una cena con algunos miembros de la Conferencia Episcopal de Chile. Después del seminario, yo tuve un encuentro muy agradable y recíprocamente fecundo, en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago, con un grupo de teólogos profesores de la misma, entre los que no faltaba algún compañero de estudios de mis años romanos. También estuve en Valparaíso, con otro sacerdote, compañero también de estudios, que es actualmente responsable de pastoral universitaria en aquella ciudad. Y como de Valparaíso se trata, visité Viña del Mar y sus alrededores y -no podía faltar- la "casa museo" de Pablo Neruda en Isla Negra (curiosa casa que nos permite hoy adentrarnos el mundo "difícil" del poeta), agarrada a esos oscuros peñascos a la orilla del Océano Pacífico (que no hace gala de este calificativo: es bravío ese Océano).

En mi último día en Santiago participé en un programa de TV ("De Pe a Pa"), en el que suponía que me preguntarían acerca de la Iglesia en Cuba y de la preparación para la visita del Santo Padre. Se trata de un programa que sale en vivo y que se desarrolla en un estudio con público. Tiene mucha teleaudiencia, me dijeron en el canal estatal que una emisión normal es vista en 800 000 receptores de TV y que se calcula una media de cinco personas por receptor, lo cual suma cuatro millones de chilenos. Me parece mucho, pero eso fue lo que me dijeron. No me siento satisfecho con la comparecencia; me preguntó el entrevistador acerca de la Iglesia y de otras realidades cubanas, de las que estoy dispuesto a expresar mi opinión siempre que se den ciertas condiciones. El ambiente del programa era frívolo, propio para vedettes y deportistas, y el entrevistador no concedía tiempo para la respuesta requerida. Confieso que me sentí mal, fue el único trago desagradable en mi contrapunto chileno.

Acepté la participación en este seminario sin mucha apatencia, pero me alegra mucho haber ido a Chile. No se puede juzgar categóricamente de una realidad nacional por una estancia de once días, pero éstos son suficientes para poder emitir un "me parece que..." o "tengo la impresión de que...Chile es un país que funciona". Lo que no quiere decir que no tenga problemas que no es éste el lugar de enumerar, pero intuyo que está en caminos adecuados de solución. Confieso que, entre todos los países de América Latina que he visitado, es el que mejor me impresiona, el que parece haber avanzado hasta más lejos por los senderos de una calidad mejor de vida integralmente considerada para el ciudadano medio. Y esto no es poco. Ω

La Habana, 3 de junio de 1997.